

Cine

Con el corazón en la mano

Carmelo Vilda



Hay otra proposición sociológica menos estentórea y sin embargo más humana y escabrosa que el sexo. Nos concierne como ciudadanos y como soñadores de la justicia y la fraternidad. La denuncia que hace la película sobre la situación de los indocumentados no nos puede dejar indiferentes

Reconozco el valor subjetivo de las evaluaciones que se hacen sobre cualquier película. Estoy convencido de su carácter personal e intransferible. El espectador tiene derecho a exteriorizar su "estado anímico" con modales fogosos. Es inevitable la visceralidad e incluso resulta terapéutica como alivio de la tensión a la que estuvo sometido durante dos horas.

Pero el crítico o el reseñador de películas no puede dejarse arrastrar por el torbellino de las primeras impresiones. Es obvio que debe sobrepasar el umbral de la emotividad para acampar en el análisis matizado del tejido estructural.

Los comentarios escritos hasta ahora a propósito de "Con el Corazón en la Mano" no han sido serenos. Han brotado de plumas melladas por el apasionamiento, el instinto y la aversión.

La nueva película de Walerstein no es ciertamente papilla para encías sin dentadura. Abordar el tema del amor-muerte y violencia-sexo como formas de relación y dominio denota ya por sí mismo una decisión provocadora.

La trama está bien pensada, obsesivamente escrita, urdida con algunos retazos narrativos superfluos; fascinante en algunas secuencias, tragicómica en otras. Hay ramalazos de una concepción desesperada, perversa y obsesiva del amor. La secuencia de la violación es muestra ostensible de ello. Resulta muy larga y atosigante. Sobra tiempo y jadeo. Esos realismos pertenecen a una época ya arcaica en el cine. Exaspera también y es muy pobre filmicamente la confesión biográfica de Zaida. Los planos fijos, en el cine, resultan irritantes.

Hay, en esa escena, defectos de encuadre, cámara pasmada y sobre todo ausencia de convicción e impacto comunicativo. ¡Qué lejana e inexpresiva María Conchita acurrucada en la ducha del burdel! Pueril e igualmente detestable y extemporánea la escena de la vendedora de apartamentos en la cama. No se

justifica en absoluto. ¡Parece una extraterrestre que aterriza por emergencia en la trama! ¡Y esa cámara fija que nos enrojece los ojos de rabia!

Hay también otros defectos mayores. Tienen que ver con el guión. Resalta, por evidente, el empeño de interpolar en la historia central dos subtramas insolubles. Las reiteradas evocaciones de la familia siempre lejana del Bachaco (colombiano) y la presencia yerta, más estatua que persona del esposo de Zaida, resultan impertinentes. Relatos paralelos uncidos a la fuerza. Roban además musculatura y coherencia interior a la trama. Sencillamente sobran.

Sin embargo hay algo en "Con el Corazón en la Mano" que me inquietó y dio que pensar. No es la elección de la violencia sexual como tema nuclear del film. Me refiero más bien a esa verdadera y entrañable historia de caridad y amor entre dos obreros, -venezolano uno y colombiano el otro. Indocumentado el segundo y extranjero en su patria el primero porque los dos, al fin y al cabo son marginales, acosados ambos por la sociedad a la cual sirven y enriquecen. Vejado el colombiano por la mafia que chantajea a los indocumentados. Manipulado el venezolano y provocado por la desesperada soledad de una mujer insatisfecha, amante de un gerente que codicia más el dinero que la carne. Esta es la historia ¿verdad David Suárez y M. Walerstein? Pero la presencia de Zaida (María Conchita) torció el guión y asumió el protagonismo.

Hay, sin embargo, tres propuestas en la película que merecen ser analizadas.

PROPUESTA PASIONAL

La historia de la mujer que enajena apasionadamente a hombres sesudos y los precipita hacia la desgracia moral y la muerte no constituye ninguna novedad fílmica. Han sido numerosas las "vamp" victimarias de locos enamorados. Esgrimiendo certeros ganchos eróticos o arbitrarios caprichos rompen los puentes de retroceso a sus

víctimas y los dejan sin regreso posible.

El tema violencia-sexo en las relaciones de pareja no es tampoco nuevo en la filmografía de M. Walerstein. Ni tampoco nueva la tesis que defiende. En sus cuatro últimas películas (*La Máxima Felicidad-Macho y Hembra-De Mujer a Mujer-Con el Corazón en la Mano*) reitera la imposibilidad del amor. Al fin de cuentas no es más que una quimera. Un fracaso como la búsqueda febril del Dorado. Todos los intentos se resuelven en aventura, locuras pasionales que conducen a la muerte. Los raudales del Caroní no nos remontan hacia lagunas auríferas sino al brocal de la sed, la pasión, el despeñadero y la muerte. La conclusión es patente: cuando el eros se apasiona destruye y quema. El fuego agobiante de los hornos de Sidor simboliza el otro fuego que va a destruir al Gato (Daniel Alvarado). También el color rojizo de los crepúsculos es preámbulo de la pasión ardiente, devoradora de hombres.

Ante la imposibilidad metafísica del amor no queda al hombre otra alternativa que la locura pasional, el sexo furibundo o la soledad radical. Es el menú que nos ha servido Walerstein en sus cuatro últimas películas, en cada una de ellas con mayor audacia y penetración. ¡Un gran acto de amor a nivel de imagen, sin duda! Pero sucede que el duro lenguaje utilizado, la sexualidad que impregna la acción y la mogigatería farisea de nuestra burguesía (dotada de agallas descomunales para ver sexo, sangre y balaceras extranjeras pero con intestino delgado para la explicitación del sexo criollo)

le han puesto el collar de la escabrosidad y perversión sexual.

Desde la violación inicial hasta la perpretación de la venganza hay sexo ciertamente. Pero se oculta la genitalidad para que destaque el erotismo. Siempre se sugiere más de lo que se ofrece. No se exhibe sexo arbitrario, crudo y gratuito sino el erotismo que recrea, y rememora. Trabaja la sugestión, la polvareda que anuncia al mensajero. Son pocas las escenas de genitalidad mecánica desprovistas de belleza erótica (tal vez sólo la violación por larga y atosigante). Después, el erotismo juega con el sexo como los niños con la luna. Walerstein ha derrotado la



pacatería fílmica venezolana.

PROPOSICIÓN SOCIOLOGICA

Siempre, hasta ahora, también había prevalecido en nuestro cine el "chauvinismo" del macho, al estilo tradicional latinoamericano. Y siempre igualmente, detrás de ese tipo de conducta acechaba el terrorismo de una concepción sexual basada en el sometimiento y vejación de la hembra.

El Gato, como hombre colonizado, descarga sobre Zaida la humillación de una violación que un orden social machista mantendrá impune. También en "De Mujer a Mujer" Griselda tiene que repetir cada noche el humillante ritual de abluciones que prescribe su esposo a las hembras mientras él se precalienta en una atmósfera de masturbación escuálida. Ante esos acoplamientos brutales, sin alma, la carne faenada de la hembra llora la tristeza de la mujer sojuzgada.

La proposición de Walerstein destruye este esquema de sometimiento secular. Es la hembra quien se venga enfrentando al macho. Es la hembra quien se revela y lleva la iniciativa. Es la hembra quien se hace diabólica. ¿Qué otra salida queda a veces a nuestras mujeres? ¿No denuncia Zaida con su apasionada conducta la terrible situación psicológica y erótica que la oprime?

Zaida trastorna la vida del Gato sin surmirse ella misma en la denuncia. Por el contrario, el implacable oficio de verdugo la va liberando de sus heridas reprimidas desde la infancia. Aparece como bravía fuerza telúrica estimulada por la única ley de la venganza calculada con la frialdad del acero.

Verdadera y entrañable historia de caridad y amor entre dos obreros, venezolano uno y colombiano el otro. Indocumentado el segundo y extranjero en su patria el primero porque los dos, al fin y al cabo son marginales, acosados ambos por la sociedad a la cual sirven y enriquecen

Sin embargo el desarrollo de la trama es francamente misógeno. La acción se desarrolla desde motivaciones masculinas. La mujer aparece y permanece como enigma e impenetrabilidad. El hombre pareciera estar claro. La hembra, por el contrario, constituye la incógnita.

Pero hay otra proposición sociológica menos estentórea y sin embargo más humana y escabrosa que el sexo. Nos concierne como ciudadanos y como soñadores de la justicia y la fraternidad. La denuncia que hace la película sobre la situación de los indocumentados no nos puede dejar indiferentes. Muchos han protestado por la "abusiva" descarga "sexual" del film. ¿Quién ha protestado, por el contrario, contra la incapacidad de nuestros gobiernos para negociar y encarar la realidad indocumentada? ¿Quién se rasga las vestiduras ante los espectáculos deprimentes que constituyen las deportaciones?

Estos son los motivos que nos debieran exasperar y no el afán inquisitorial de calibrar si María Conchita actúa con el sexo o con el corazón en la mano.

Para mí, el relato más valioso del guión es el tejido por la entrañable amistad entre el colombiano y el venezolano. Las actitudes hermanadas con que afrontan los escollos comunes de la vida. ¡Qué historia moral y cristiana tan bella...!

Lamento la deleznablez de esta historia. Faltó seguimiento y densidad para suscitar un examen de conciencia sobre nuestras actitudes frente a este problema. Porque la amistad entre estos dos hombres no es una subtrama. Es la auténtica y verdadera fábula ensangrentada por la intromisión de María Conchita.

PROPOSICION ACTORAL

El nivel actoral de los protagonistas es francamente destacable. Fascinante y descomunal a ratos María Conchita Alonso. ¡Más de lo que esperábamos! Derrochó magia, misterio y seducción. El baile final en el night-club prende un climax tan saturado de erotismo y expectativa que por sí solo constituye una página antológica. Su actuación la inscribe en el libro mitológico de las mujeres vehementes. Ni la Medea de Eurípides ni la Dido de Virgilio. Es sencillamente Zaida, prototipo de la mujer latinoamericana reprimida-

FICHA TECNICA

Director: Mauricio Walerstein
Guión: David Suárez
Producción: E. Baralt-D. Pernía
Fotografía: José Alcalde
Montaje: Sergio Curiel
Música: A. Blanco Uribe
Sonido: Eduardo Carreño
Reparto: María Conchita
Alonso
Daniel Alvarado
Hugo Gómez
Estreno: Abril-1988

oprimida por su propia historia y los gravámenes sociológicos que gravitan sobre la condición femenina.

María Conchita ha sabido encarnar el ultraje que la rompió los muelles de la contención y en su desquiciamiento deja ver los años y siglos de soledad maciza. Supo y se atrevió a interpretar con valentía el desmelenamiento pasional, la calculada incandescencia del exceso, medida razonable de cualquier amor herido. Lástima de las caídas o bajas de actuación. Se le nota el fastidio actoral en lo que no siente.

Daniel Alvarado, por su parte, no solamente sale airoso del reto que le imponen, sino que su espléndida y contundente interpretación lo constituyen en el actor más recio y vigoroso que ofrece el cine venezolano. No era fácil armonizar el papel de obrero en una fábrica donde la tierra se hace hierro en el fuego de los altos hornos y a la vez ser amigo leal, espesamente cariñoso, de un indocumentado colombiano, obrero también. No era fácil tampoco conciliar todo esto con el de violador-chulo-amante de una bella y despampanante mujer insatisfecha. El derrotero hacia el precipicio, hacia el sinsentido de su esquizofrenia lo recorre con más verosimilitud y gradación Alvarado que María Conchita.

¡Qué certeramente maneja la mirada! Ha aprendido a hablar con el silencio, con la terrible frialdad que segrega la distancia psicológica cuando hace falta! Alvarado, como los buenos actores, dice más cuando no habla.

El colombiano Hugo Gómez bien

aunque en su papel de llorón no puede desplegar demasiada versatilidad y destrezas.

A MODO DE CONCLUSION

"Con el Corazón en la Mano" es una película donde uno intuye que el argumento no fue suficientemente recreado. Se adivina que no hubo elaboración pormenorizada del guión. ¿Faltó paciencia, faltó la inspiración que arma lúcidamente todos los elementos que integran el mosaico de un film? Faltó la medida, el pulso estético que dosifica y densifica a la vez el relato.

Mauricio Walerstein siempre ha dirigido películas con situaciones muy vivenciales, cercanas e íntimas entre los personajes. Siempre les ha exigido audacia y cariño comprensivo. Pero da la impresión de que a medida que transcurre la filmación se distancia de ellos. Algo así como si se asustara de la trayectoria que les había trazado.

"Con el Corazón en la Mano" corona y sintetiza a la vez las obsesiones de sus últimas películas. La amistad entre El Bachaco y El Gato recuerda a la pareja también entrañable de la "Máxima Felicidad". Se repite la escena en la cual los dos cosen y bordan su propia ropa. Por su parte la actitud vengativa al grito de "mátalo, mátalo" nos evoca igualmente "De Mujer a Mujer". Y por fin las fumarolas de la Siderúrgica y los raudales del Caroní rememoran las llamas de la chimenea previas al holocausto humano en "De Mujer a Mujer". Son símbolos sadomasoquistas (matanza de la ternera llanera en "Macho y Hembra"; descuartizamiento del cerdo en "De Mujer a Mujer") que preanuncian y crean la atmósfera de tragedia.

Sugestiva la música. Ajustada la fotografía con luz y color bien iluminados. Aplaudo el uso del paisaje como protagonista simbólico y no como una mera tarjeta postal o decorado. Walerstein domina los recursos del cine. Pero su talento e inventiva corren riesgo de esclerosis. Sus obsesiones sexuales rozan ya el agotamiento.

Tal vez necesita filmar alguna película de niños para volver a soñar. Es curioso, Walerstein ha eludido a los niños en todas sus películas. ¿Será, por eso, que falta en ellas cariño y amor?